

fin de que, lisonjeado con el ruido de las voces, no pare su atención en la pobreza de las ideas que en ellas andan envueltas. Su grandeza está en su sencillez. La elocuencia de las palabras es expresión del calor de los sentimientos, y por esto es viva y comunicativa. Su estilo es espontáneo y natural, y por esto es gallardo y hermoso. En fin, la majestuosa gentileza de la lengua castellana, tal como resplandece en estos escritores esclarecidos, es trasunto fidelísimo de las ideas y sentimientos que constituyen la vida de la sociedad en que viven, de las pasiones que los agitan, del entusiasmo vivificador que empuja á todos y les inspira ideas grandes y sublimes y empresas y hazañas portentosas, y por esto es hermosa sin afeminación, grave sin dureza ni aridez, elegante sin afectación ni molicie.

Y aquí se nos descubre ya la causa principal de la magnificencia de la lengua castellana en el siglo de nuestra grandeza nacional y el origen de la poderosísima vitalidad que por ella discurre y que contribuyó á su perfección y hermosura más que la claridad del concepto y el aparato y el esplendor de los adornos.

III

«Estando el Sumo Pontificado en vuestras manos y el Imperio en las mías, decía el César Carlos V al Papa Adriano VI (1), me parece que esto sucede á fin de que hagamos juntos muchas y grandes cosas.» Y cualquiera que fuese el pretexto ó la ocasión de escribirse estas palabras, nunca pudieron decirse con tanta verdad como en aquella época gloriosa, porque jamás

(1) En una carta de 7 de Marzo de 1522 publicada por Lanz en la *Correspondenz des Kaisers Karl V*, según copia existente en los Archivos de Bruselas, t. I, pág. 58.

han sucedido en el mundo acontecimientos tan grandes como los que entonces se realizaron. Todo en aquella maravillosa edad cambia, todo se adelanta y transforma. Con el descubrimiento de la América y de las Indias complétase la idea del mundo. Nacen las artes ó se renuevan y enaltecen con el conocimiento de la clásica antigüedad. Las lenguas vulgares se pulen y perfeccionan. Fúndanse las ciencias experimentales. Anúnciase el verdadero sistema del universo. Y la expansión que logra el dominio ó señorío de la inteligencia se refleja en el de la voluntad y en todas las facultades del hombre. Un aliento nuevo, un calor vital, un entusiasmo extraordinario penetra todos los espíritus. Parece que la naturaleza humana entra en vías nuevas y desconocidas, en las cuales sus ideas se ensanchan y engrandecen, sus pasiones se exaltan, toda su actividad se renueva y sublima. Es la era más grande, el florecimiento más espléndido de la vida y del poderío del hombre que se ha realizado en el teatro de la historia.

La nación española, llegada á su mayor cumbre de prosperidad, colocada por la mano de la Divina Providencia al frente de los pueblos y naciones civilizadas y gobernada por reyes y príncipes egregios, se puso al frente de tan extraordinario movimiento de las almas y lo guió y fomentó, haciéndole producir los más grandiosos resultados. Francia vencida, Italia hecha tributaria, Alemania unida en su suerte con la nuestra por enlaces y casamientos, Inglaterra encerrada en sus límites insulares, el poder de los turcos para siempre quebrantado, unidas en el interior sus provincias, España era la dominadora del mundo. Nada se oponía á sus designios, nada contrastaba sus voluntades. El nombre de España era el más temido y el más respetado en toda la tierra. Precedidos por la fortuna, amparados por los derechos de las dinastías ó por el que lleva consigo la aristocracia del saber y de la virtud, los españoles

se derramaban por todas las provincias y reinos de Europa, gobernaban los pueblos, subían á las cátedras de las Universidades, paseaban vencedores por los amenos campos de Nápoles y Lombardía, por las márgenes del Rhin, por las dunas de Flandes, por las llanuras de Francia y, después de alborotar á Europa con el ruido de sus hazañas y de cubrirla con los laureles de sus victorias, recorrían animosos los inmensos continentes de unas y otras Indias y penetraban por aquellos bosques donde no había resonado aún la voz humana, y subían por aquellos ríos que parecen mares, y todo lo arrollaban hasta plantar sus tiendas en las esplendorosas vertientes del Tolima y del Cotopaxi y clavar sus banderas triunfadoras sobre los tronos destrozados de Moctezuma y Atahualpa.

Esta grandeza y exaltación de España fué resultado, más que de la victoria de sus armas, de la incontrastable actividad que rebosaba entonces en nuestra patria, de la energía soberana de las voluntades y de la fe que movía á los corazones españoles, fe y voluntad que, unidas é identificadas con las de los reyes que los gobernaban, atropellaron todos los obstáculos, vencieron dificultades que parecían insuperables y levantaron el nombre de España á una cumbre de gloria adonde no ha subido jamás el nombre de nación alguna. Nunca, en verdad, se han visto en el mundo voluntades más enérgicas ni corazones más esforzados que los de los españoles de entonces. Aquellos hombres (y las mujeres también que en ocasiones no eran menos animosas y esforzadas que los hombres (1)), parecen de dis-

(1) Puede leerse sobre esto el discurso de D. Cesáreo Fernández Duro, leído en la Real Academia de la Historia el 1.º de Junio de 1902, y en el cual se ve que no pocas mujeres españolas tomaban parte en las expediciones que hacían sus maridos en tierras de Indias y luchaban y peleaban con no menor esfuerzo que ellos; algunas de ellas mandaron y proveyeron estas expediciones, y aun se pusieron al frente de los gobiernos, como D.ª María de Toledo, que gobernó las

tinta naturaleza que la nuestra. Sus caracteres son más duros que el hierro y más invulnerables que el bronce y el acero. Sus hazañas tienen no sé qué grandeza preternatural que espanta la imaginación y aterra y subyuga el sentimiento. Nada es capaz de contener el ímpetu de sus corazones. Inflamados por fe incontrastable, á todo se atreven y abalanzan, todo lo dominan y señorean, atando al carro de sus triunfos hombres y cosas, pueblos y naciones, leyes, instituciones y costumbres.

Con razón uno de los poetas de entonces, ponderando este esfuerzo, decía

Que en sus atrevimientos descubrieron
que era bastante á sujetar su espada
más mudo que otros entender supieron.

Y henchido de alborozo patriótico, exclamaba:

¡Oh, España venturosa, coronada
por monarca del viejo y nuevo mundo,
de aquél temida, de éste tributada,
pues desde que amanece el rubio Apolo
en su carro de fuego, á cuya llama
huye el frío Dragón revuelto al Polo,
al mismo tiempo que su luz derrama,
halla un mundo sembrado de blasones,
ornados todos de española fama.

Hechos y hazañas tan portentosas tuvieron su magnífico complemento en aquella unidad de imperio, la más vasta, la

Antillas y D.ª Juana de Zárate que obtuvo del Emperador el título de Adelantado de Chile y D.ª Beatriz de la Cueva que rigió á Guatemala por elección del Cabildo, y la mujer de Hernando de Soto que gobernó la Isla de Cuba como mujer que era «de gran saber e bondad e de muy gentil juicio y persona». Hasta se cuenta el caso, único en la historia, de D.ª Isabel Barreto que llevó como Almiranta efectiva la escuadra á Filipinas con un rigor que no habían desplegado los hombres de mar y guerra.

más grandiosa, la más beneficiosa para la humanidad que ha visto el mundo, unidad que otro poeta español de aquel tiempo, Hernando Acuña, cantaba en estos versos dirigidos al que era digno trasunto material de ella, el invicto Emperador Carlos V:

Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada
la edad dichosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el mundo
por suerte á nuestros tiempos reservada.

Ya tan alto principio en tal jornada
nos muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo para más consuelo
un Monarca, un imperio y una espada.

Esta grandeza del imperio español, efecto de la energía de las voluntades, reverberó en todo y en todo dejó impresa la imagen de su poderío, pero muy señaladamente en el lenguaje y en el estilo y en las formas expresivas del pensamiento. Las palabras son reflejo de las ideas, y éstas de la naturaleza del ánimo que las concibe. Quien nació con espíritu noble y generoso y se alimenta de sentimientos levantados, ya sabrá, cuando venga la ocasión, expresarlos con majestad y hermosura; y al contrario, quien posee alma humilde, vil y miserable, no dejará de descubrirla en su lenguaje pobre, mezquino y abatido. «La sublimidad de los pensamientos, decía un crítico de la antigüedad (1), es imagen de la grandeza del alma. Si el orador es de espíritu vil y bajo, ¿cómo ha de producir nada digno de la posteridad? Solamente los grandes hombres dicen las grandes cosas.» «El esclavo, añadía, podrá ser hábil en muchas cosas; pero nunca será orador, que es decir, nunca sabrá expresarse con dignidad y elocuencia, porque al esclavo, según la frase de Homero, el Dios que le reduce á esclavitud le priva

(1) Dionisio Longino en su tratado sobre *Lo sublime*, n. IX.

de la mitad de su alma. La servitud es como aquellas cajas en que se encierra á los pigmeos para impedirles crecer.» Y lo que pasa en los individuos particulares pasa igualmente en las grandes agrupaciones de ellos, que son los reinos y las repúblicas.

Porque España fué grande y se alimentó de grandes ideas y de grandes y generosos sentimientos, productores de hechos sublimes y hazañosos, por esto su lengua fué grande también y llena de dignidad y hermosura, no de hermosura muelle y afeeminada, sino grave, severa y varonil, cual convenía á la que se había formado en aquellos pechos robustísimos y á la que era eco de aquellas almas indomables que habían vencido y avasallado el mundo.

Es común en los libros de entonces, en especial los extranjeros, hablarse de la pompa y arrogancia de la lengua castellana, y nada hay más cierto que esto. La soberanía del poder y la conciencia de la propia grandeza y la alteza y virilidad de los pensamientos que animaban á los españoles de nuestra edad de oro hubieron de quedar estampadas en su lenguaje, como lo quedaron en las fisonomías de sus rostros, los cuales, según los vemos hoy en los retratos que de aquellos tiempos se conservan, nos dicen á voces haber sido animados por espíritus vigorosos, de férrea voluntad y de nobles sentimientos.

La energía de las ideas y el entusiasmo de los corazones, avivando extraordinariamente los ingenios, se traspasaron al lenguaje que, partícipe de esta vitalidad, en las palabras magníficas y numerosas, en la viveza de las figuras y en la variedad, soltura y bizarría de las frases reprodujo toda la grandeza y generoso empuje de las almas. La alteza del pensamiento engendró la alteza del estilo; el señorío y la exención de sus voluntades reflejaron en la dicción, y la fuerza indomable de sus

espíritus, derramando sobre el lenguaje la majestuosa corriente de su vida, lo levantó á grado maravilloso de vigor y gallardía. Así las palabras fueron esclavas de las ideas, no las ideas de las palabras, y los adornos de la oración sirvieron para realzar, no la elocuencia de las frases, sino la realidad y la elocuencia de las cosas. De donde resultó aquel estilo admirable, rudo á veces, pero siempre enérgico y elocuente; brusco y mal limado quizás, pero sincero y veracísimo; estilo lleno de brío y pujanza, de entre cuyas frases surgen las ideas con toda su pureza y claridad, con todas las iluminaciones del genio, con las infinitas emociones del sentimiento, con las ardorosas palpitaciones de la pasión con que se exaltan los corazones.

Tan grande exuberancia de vida como lozaneaba en la lengua castellana era argumento de haber llegado ésta al punto ó colmo de perfección, que, asemejándolo á los seres vivos, pudiera ser llamado la madurez ó desarrollo perfecto de su organismo. Siendo la lengua el producto más espontáneo de la sociedad que la habla es espejo fidelísimo de toda su manera de ser; en ella se retratan sus excelencias y perfecciones como sus vicios y defectos; en ella se reproducen sus grandezas y virtudes como sus pequeñeces y miserias, y por esto es ley constante de la historia humana, como ya en su tiempo advertía el maestro Medina, que cuando una nación llega á la cumbre de su poder, entonces adquiere la lengua su mayor grado de perfección y grandeza, y conforme aquélla declina y va perdiendo las fuerzas de su vida social declina ésta también hasta corromperse y perderse y aniquilarse de todo punto. Tienen, en efecto, las lenguas su infancia, su crecimiento y edad madura no menos que su vejez y decrepitud; y esta diferencia de edad se manifiesta en el grado de energía con que se desenvuelven en ellas los gérmenes de su vida, y en la fuerza con que se oponen á los elementos extraños que

atentan á su destrucción y á su muerte. Mientras están en el período de la niñez y cuando su organismo no ha logrado el desarrollo ó crecimiento á que va caminando, aunque el número de las formas radicales esté completo, es muy escaso el de las derivadas, en especial, aquellas cuya formación supone mayor cultura y adelanto de la inteligencia; la sintaxis flota vaga é indecisa, la expresión está falta de color y toda la vida es raquítica y miserable y expuesta á estragarse fácilmente al contacto de otras lenguas más vigorosas. Mas llegado el punto de su madurez y florecimiento, cuando las formas propias y legítimas gozan ya de su desarrollo natural, la construcción campea gallarda y vigorosa, la frase es brillante y colorida, y toda la vida tan pujante y lozana, que no sólo se conserva pura y hermosa á través de todos los obstáculos, sino que acrecienta su vitalidad aun con aquello mismo que intentaba menguársela. Tal sucedió con nuestra lengua en el siglo de nuestra mayor grandeza. Llena de vigor y de vida, levantó á su mayor desenvolvimiento y plenitud las formas cuyos gérmenes habían ido brotando en las edades anteriores; acrecentó el número de las derivadas, sobre todo las expresivas de conceptos ó ideas abstractas; dió suma gracia y variedad á los modos de decir, á las expresiones proverbiales y á los giros agudos y sentenciosos; redondeó la cláusula, comunicándole admirable resonancia y armonía; prestó originalidad asombrosa á todos sus escritores, y se afirmó, en fin, y se robusteció de tal manera en lo que constituía la íntima virtualidad de su ser, que nunca la lengua castellana ha sido más enérgica que entonces, nunca más propia y original, nunca más vigorosa é independiente.

Aparece esto clarísimo y evidente cuando comparamos la lengua y el estilo de los escritores de aquel siglo con la que usaron otros escritores del siglo anterior ó de cincuenta años

antes. Antes de aquella época memorable, que corre por los dos últimos tercios del siglo XVI y primero del XVII, el habla castellana aparece enérgica, sí, y nerviosa, pero áspera y desadornada, como la que nacida entre el fragor de los combates conserva todavía algo de la herrumbre, que se le pegó del rigor de aquellos tiempos durísimos. Prevalecen en ella ciertas consonantes de pronunciación desabrida; la frase se mueve premiosa y desigual, la cláusula sin número, el estilo sin claridad y precisión. Los escritores carecen de espontaneidad y fisonomía propia, escriben sin vida y sin elocuencia, sin arte ni naturalidad. La poesía está falta de color, la prosa de soltura y armonía. Pero llega aquel período gloriosísimo, y todo cambia y se transforma. La luz, el calor, la vida, como á la salida de nuevo sol, penetran por todas partes; las tintas bronceas y desentonadas se van poco á poco suavizando; desvanécense los sonidos rudos y desapacibles; el enlace de las cláusulas es más espontáneo y natural; el período, más numeroso y suave. Hay más gracia y galanura en los modos de decir; las dicciones son más expresivas é idiomáticas, más vivaces y espléndidas, la prosa es más bella y cadenciosa, la poesía más florida y pintoresca. Y del conjunto de estas excelencias, trasunto de las cualidades más características del genio nacional, resulta aquella lengua admirable, en quien cumplidamente están reunidas cuantas perfecciones pueden satisfacer la inteligencia, no menos que la sensibilidad y la fantasía; lengua que con sus acentos, ya blandos y apacibles, ya graves y majestuosos, regala maravillosamente el oído y, absorbiendo todas las potencias del alma, parece que la va desatando de lo material y sensible y levantándola y explayándola por la región inmaculada del espíritu; lengua, en fin, que semeja la más apropiada para interpretar las aspiraciones más grandiosas del hombre, para declarar á los mortales los misterios y las grandezas de la

Divinidad, y en cuyos sonidos parecen vibrar destellos de las armonías del cielo.

Este conjunto de perfecciones y cualidades era, como se ha dicho, el trasunto del espíritu que agitaba á nuestra nación; era el reflejo del genio que le guiaba; era la más espléndida manifestación de su vida, pujante, gloriosa, avasalladora. Y como esta vida no sólo desenvolvía y hacía alarde de sus propios tesoros, sino que todo cuanto caía dentro de la esfera de su actividad lo absorbía y asimilaba y transformaba en su propia sustancia haciéndolo tributario de su poder, así ni más ni menos su lengua, al ponerse en contacto con las demás, absorbía muchos de sus elementos y de sus frases y palabras, no solo no corrompiéndose con ellos, sino haciéndolos entrar en la corriente generosa de su vida y enriqueciéndose con sus preseas y tesoros. Á este propósito decía un elegante escritor de aquellos tiempos y conocedor maravilloso de la riqueza, propiedad y hermosura de la lengua castellana, Fray Jerónimo de San José, que «el brío español, no sólo quiso mostrar su imperio en conquistar y avasallar reinos extraños, sino también ostentar su dominio en servirse de los lenguajes de todo el mundo, tomando libremente de cada provincia, como en tributo de su vasallaje, lo que más le agradaba y de que tenía necesidad para engalanar y enriquecer su lengua, con tal destreza que al vocablo que de nuevo introducía dábale cierta gracia, aliño y gala que no tenía en su propia patria y nación, mejorando así lo que tomaba para hacerlo con excelencia propia» (1).

De esta pujanza de vida que animaba la lengua española provino también el carácter de especialidad ó individualidad literaria que se advierte en los escritores de aquel tiempo, tan no-

(1) *Genio de la Historia*, pág. 2.^a, c. III.

table y singular que no hay dos cuyo estilo pueda confundirse. Todos hablan una misma lengua, grave, majestuosa y enérgica; pero cada cual le da su entonación peculiar y característica. Cada cual tiene su fisonomía propia é inalterable. Nadie copia ni imita á nadie. Todos son originales á su manera; y la causa de esto es porque, extraordinariamente conmovida y excitada su naturaleza en lo más profundo y peculiar que hay en cada uno de ellos, buscan su inspiración en sí mismos y todos la encuentran vigorosa, abundante y maravillosamente creadora en la actividad de sus ingenios, en la fuerza de sus convicciones, en el señorío de su voluntad, principio de la personalidad y originalidad literaria.

Y otra cosa se advierte, además, extraña á primera vista, pero que cuando se estudia de cerca aparece como natural, que nace de la misma causa y está fundada en la misma ley que gobierna y determina la manera de obrar de nuestra alma en lo que se refiere á la expresión de sus ideas y sentimientos, es á saber, que todos ó casi todos los escritores de aquella edad, y señaladamente aquellos cuyo estilo más nos deleita y admira, son, no literatos de oficio que vivieron entre libros y matrotretos, sino hombres muy experimentados en las realidades del mundo, curtidos al sol, y que más que con el polvo de las Academias se honraron con el polvo gloriosísimo que se pega á los cuerpos en el recio combatir de la vida. Así, Garcilaso compone sus églogas dulcísimas entre el ruido de las campañas de Italia, África y Provenza; Hurtado de Mendoza escribe versos y diálogos literarios á vueltas de notas y negociaciones diplomáticas; Ercilla redacta la *Araucana* lleno aún del sudor del combate en que ha tomado parte y que va á describir; Lope de Vega pasa su vida agitada en viajes, contiendas y aventuras, siempre luchando y siempre escribiendo; Cervantes, paje en Italia, soldado en Lepanto, cautivo en Argel, alca-

balero en España y siempre pobre, roto y deslucido, alterna sus penas y amarguras con versos y novelas, y fantasea su fábula inmortal de *El Ingenioso Hidalgo* «en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación(1)». Y por estos patrones están cortados Quevedo, Alarcón, Aldana, Hernández de Andrade, Gutierre de Cetina y otros mil. Y aun los que como Avila, Granada, Mariana, Ribadeneira, por razón de su profesión y estado, hubieron de llevar una vida más pacífica y tranquila, no pudieron sustraerse á la actividad incomparable que agitaba entonces á la nación entera, pasando por vicisitudes muy diversas, peregrinando por provincias y reinos extraños y tomando parte en los públicos acontecimientos.

Esta experiencia de la vida y el uso y conversación con los hombres y el contacto inmediato con la naturaleza, comunicaron al estilo y á la lengua de nuestros escritores una vivacidad y un realce prodigioso. El espectáculo variadísimo de los objetos que de continuo pasaban ante su vista, los sucesos extraordinarios á que asistían, el visitar regiones nuevas y desconocidas, la diferencia del paisaje y la variedad de los fenómenos que les ofrecía el maravilloso campo de la naturaleza, hubieron de enriquecer á maravilla sus inteligencias, excitar su fantasía y enardecer su fe y entusiasmo. La familiaridad con los trabajos y peligros prestó firmeza y solidez á sus convicciones; la experiencia de las grandezas y vanidades humanas robusteció sus sentimientos; el generoso entusiasmo por la gloria de la nación, que al impulso de todos se agrandaba y enaltecía, engrandeció sus ideas y avigoró maravillosamente sus espíritus. Mucho pudieron aprender de los libros, pero más en la escuela práctica de la vida y en la realidad de los acontecimien-

(1) Prólogo á la parte primera de *El Ingenioso Hidalgo*.